

Pliego de poesía de La Colmena

VIOLETA RIVERA AYALA

ABANDONO



Portada: HÉCTOR GARCÍA GUADARRAMA,
MIXTA, 2003.

Abandono

I

Acaricio con la respiración las paredes de vidrio, me dibujo una voz empañada con túneles de aire, viajo hacia mí; una cadena de perros levita sobre las olas en el vértigo de la conciencia, y fue de noche y el último aullido se ahogó en la madrugada cuando llegó la hora de mi naufragio bajo la sábana azul, en el silencio de estrellas y piedritas de mar que pican los oídos.

II

Los indicios alargados de mis manos se mimetizaron con la ventana; resbalé en los túneles de aire, estoy un poco más allá de un eco fulgurante en medio de lo oscuro.

Secuencia de abandono

Estoy al centro de lo oscuro, frente a mí el contorno de una ventana; su luz viene, salen de ahí palomas a mi encuentro y mis palpitaciones aletean en un llamado natural a otros rumbos, al brillo del rojo antes ignorado; al abismo, la cascada que brota de mis pies, chasquidos de rubíes con la noche suficiente para mantener la vida, hasta que llegue el cansancio de sentir.

Será entonces la mirada hacia dentro un blanco sobre blanco, un vuelo de palomas suave de alas, temblores para quien se detenga al centro de lo oscuro, al pie de la cascada roja: secuencia de rubíes encrespados en un proceso interminable.

Proceso interrumpido

Ayer el viento adormecía mis ojos, los
cascabeles me quebraron las rodillas.

Ahora voy entre peces y arena blanca,
ausente de un espacio púrpura.

Después, tampoco.

Luego, tal vez.

Viaje a su retrospectión

I

Dormí en la concavidad de su ojo
—asida al iris— desperté para mirar cómo
nos miraban extrañados.

Fui una vena rota en el ojo de él siendo
niño, le deposité mi imagen, los níveos
pasos para que en lo futuro me encontrara
y fuéramos un cíclope frente al espejo, el
narciso enamorado del brillo ocular,
inmerso en el fondo de la forma.

II

Al encontrarnos hubo un previo llanto para salir del cuentagotas y enfrentar las paredes de un cristal violáceo, adolorido.

Me dijiste: *quédate aquí, en mis ansias...*

(Ahora sabemos que las aves tienen brazos más pequeños que los nuestros).

Confesión inútil y caprichosa

I. *La confesión*

Gocé la muerte plena y el asesinato de la mujer sonriente, la que escondí en la pared con su contorno de mosquito; ahora sólo temo que un elefante me aplaste o vuelva el insecto con sus dulces melodías nocturnas.

II. *Lo inútil*

Haber visto algunos pasadizos insondables: el de la pareja de tiernas calaveras o el del aborto feliz, donde la mujer agradable desprecia su propio llanto.

III. *Lo caprichoso*

En radiografías estuve mirando hacia atrás;
el corazón de la mujer siempre contenta
fue arrancado y no fue el mío.

¡Qué muerte tan plena cuando se
conserva el pulso!

Viaje a mi retrospectión

I

Iba en la naranja de luz y de palabras primero rodando sobre el cielo en calma, en línea recta, después caí al abismo, regresé envuelta en torbellinos de grafitos, desgajada le goteé un poco de jugo a cada estrella que rozó mis pies de bailarina que corrieron al pisar la alfombra morada; era la espalda, la cabeza de quien se ahogó en su propia garganta reduciéndose al nudo que intentó amarrarme los tobillos sin saber que ya había yo dormido –vena rota– en la concavidad del ojo desde el ojiniño.

II

Se deshizo después de convertirse en mala copia de mi animal favorito dejándome por fin al abrazo y a la fuerza de un oso, al canto de la ballena mítica, a los impulsos eléctricos de los instintos que razonan al hundirse en el rojo, al respirar en el azul, al temer el blanco, al soñar la oscuridad... contigo vino el púrpura –prolongación del rojo– a pintar cada una de las uñas enterradas en las paredes de la muerte. ¡Contigo no habrá muerte pura nunca más! Porque heriste la fruta redonda en que viajaba y porque ahora va ardiendo en lumbrera de niveos pasos salidos de un cuentagotas.

Me dijiste: *Quédate aquí, en mis ansias...*

(Ya deseaba volar con las plumas de nuestros brazos).

El niño sonriente o el Ícaro inmortal

I

Ícaro cayó en mi vientre y las caracolas con sus mares quebraron un rayo a punto de nacer; tuve una mirada más rápida que mi vista y aún no he asimilado el caos que surgirá en la estrella apenas rasguñada en esa hipnosis, ese anhelo parecido a la perturbación titilante en la frente del niño que se clava en sus omóplatos alas de alcatraces muertos.

II

Niño, si inventas un juego con pétalos y albóndigas de arroz en tu nariz, si te

sacudes antes de la asfixia, tendrás la atención de brillos oculares, diminutos, que reflejan un espejo labrado con soles blancos pero también un naufragio hacia la oscuridad del iris, porque las voces de adultos recriminan modos, posturas, misiones y podredumbres; ellos se entregan al somnífero velo de astillas que rascan la cabeza.

Cuando juegues haz tuyo un par de carcajadas antes de enchinar tus ojos, con la intención de que el niño inmortal decida reventarse en tu vientre.

La mala muerte

Un trozo de madera vieja se quema en mi garganta.



Universidad Autónoma del Estado de México

UAEM